

P. 20

(823)

N. 19

Dr. L. S. Martínez

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE

1876 á 1877

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID.



VALLADOLID:

Imprenta de Garrido.

1876.

10-823

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE

1876 á 1877

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID,

POR

EL DOCTOR DON FELIX LOPEZ S. MARTIN,

Catedrático de la Facultad de Derecho.



VALLADOLID:

Imprenta de Garrido.

1876.



HTCA
U/Bc LEG 10-2 nº823



1>0 0 0 0 2 9 5 4 7 0

Ilmo. Sr.:

PERMITIDME, Ilmo. Sr., que al levantar hoy mi voz en este sitio, cediendo á los naturales y propios afectos siempre difíciles de dominar, antes de entrar en materia, y prévia la sincera protesta del profundo respeto y hasta casi veneracion que vuestro sólido saber, clarísimo ingénio y notorias virtudes me inspiran, empiece por desembarazar mi alma de la amargura que dos recuerdos la producen. Las penas y los dolores morales, sabido es que se amenguan y atenuan comunicándolas, y que hasta se endulzan cuando se confían á pechos generosos. Oid pues las mías; Ilmo. Sr., y acogedlas para qué, descargado de ellas, me sea mas fácil despues con vuestra indulgencia desempeñar la para mí siempre difícil tarea que me habeis encomendado.

En medio de la solemnidad de este acto, á la presencia de tan sublime y admirable espectáculo como el que á mi alma se ofrece y representa, al contemplar congregados en uno y formando una compacta y armoniosa unidad los Profesores y Maestros todos del saber humano en sus distintos grados, órdenes y facultades, en medio sí, de este sublime conjunto, en el que al lado de la ciencia, veo

:

sentados á los representantes y depositarios de la autoridad pública y á la generosa y pródiga de su sangre heroica milicia, en medio sí, de esta concurrencia y aun contemplando este ordenado compuesto que á tantas y tan profundas reflexiones se presta, al volver sobre mí y al verme hoy en esta siempre ilustre Tribuna, y que por ocuparla yo puede en este dia tenerse por desventurada, la implacable memoria mia, que, si es infiel las mas de las veces para retener conocimientos laboriosamente adquiridos, es sumamente tenaz para conservar y reproducir las amarguras y dolores de la vida, con insistencia suma y en ordenada y detallada série, presenta ante mi alma el número no escaso de años que ván trascurridos desde que empecé á oír de vuestros lábios los altísimos á la par que armoniosos y delectables conceptos de la ciencia. Ante este recuerdo, la conciencia me advierte con pesar, con hondísimo pesar amargado por el remordimiento, que va pasado ya y en su mayor parte consumido sin remedio ni reparacion posibles, el tiempo que la bondad divina me concediera para el libre y ordenado desenvolvimiento de mi actividad; que jóven ayer y mozo inesperto entonces, insensiblemente he venido á colocarme en las fronteras de la vejez, sin ganar mucho, ni en saber, ni en esperiencia; y que ya en el breve espacio que de vida puede restarme, aun cuando con vigor y constancia pretenda adelantar, serán mas tardos mis pasos y cada vez menos briosos mis esfuerzos. Amargas verdades, pero verdades que, como de conciencia, son, permítaseme el pleonasma, verdades tan verdaderas y que tan identificadas conmigo se hallan, que por doquiera que vaya habrán de acompañarme toda la vida.

Si este recuerdo tortura mi alma, y lo digo no por afectada modestia ni con fingida compuncion, me amarga la existencia el que una ligera mirada á esos bancos me suscita, deja en mi corazon como un vacio inmenso, mudo y desolador de que solo puede consolarme por una parte vuestra presencia, Ilmo. Sr., y la de esa generosa juventud que rica de vida, llena de aspiraciones levantadas, sin pasado propio que llorar inútilmente perdido, y que confiada siempre y siempre leal y sincera se presenta ante vosotros á prepararse para

tomar posesion del porvenir que la pertenece; de ese porvenir que su virgen y creadora imaginacion, tan potente y fecunda como cándida y sencilla se complace sin temor á desengaños que aun no ha experimentado en poblarle de lisongeras concepciones y fantásticas esperanzas. Ya habreis adivinado, Ilmo. Sr., que lo que asi me impresiona y aflije, es la ausencia, la falta en esos bancos de los ilustres Profesores que con general y merecido aplauso en años anteriores con nosotros y antes que nosotros se sentaron. ¡Cantalapiedra! ¡Ocaña! ¡Orodea! ¡Terán! ¿Donde están?... ¡Ah, la muerte los arrebató de entre nosotros! Cumplieron su destino sobre la tierra y entraron en la vida de la eternidad.

Perdonad, perdonad Ilmo. Sr., que los muertos recuerde y que en medio de tan solemne cuanto halagüeña ceremonia, de la muerte y sus estragos me lamente, perdonadme si teniendo en cuenta que las pérdidas que deploro, á vosotros son comunes, y como yo las lamentais; y no estrañando que de los muertos se acuerde el que como yo por la muerte recientemente herido en sus mas caras afeciones, vestido de luto, con el llanto en los ojos y duelo en el corazon, viene hoy á dirigiros en tan solemnes momentos la palabra.

¡Paz, eterno descanso á los que á mejor vida se fueron!

Un saludo afectuoso, íntimo y cordial para los que en lugar de aquellos vienen hoy por primera vez á inaugurar con nosotros las tareas de la enseñanza en esta Universidad.

He cumplido, Ilmo. Sr. con lo dicho, una especie de obligacion moral que dentro de mi sentia surgir al subir á esta Tribuna: he sido al hacerlo sincero y por serlo no he vacilado en el momento de venir á dirigiros hoy la palabra, no espontáneamente, sino en cumplimiento y como en pago de una deuda que la ley me impone, no he vacilado digo, en poner ante vosotros de manifiesto con lisura y verdad completas, lo mal parado y pobre que mi espíritu se halla para satisfacerla; no he vacilado, no, en hacerlo así, porque sabiendo que nobleza obliga, tengo la seguridad de que ahora que paso á exponer ante V. I. mis ideas ó conceptos acerca de la *libertad humana*, me otorgareis con pródiga largueza la bene-

volencia que necesito y que generosamente siempre me habeis dispensado.

Es indudable, Ilmo. Sr., que apenas empieza á lucir en el hombre la divina luz de su razon, así que comienza á apercibirse de su existencia y á fijarse en la realidad dentro de la cual se desenvuelve, apenas por medio de los sentidos esa realidad del mundo exterior se le impone, cuando sin esfuerzo de ningun género y como por un acto connatural á su sér, sin poderlo asegurar de una manera científica, inmediatamente con una espontaneidad verdaderamente instintiva, potentísima é imperiosa establece sin vacilar la afirmacion de si propio, como ser individual que siente, piensa y quiere; y como entidades distintas de él, aunque con él relacionadas, afirma igualmente la existencia de todos los séres que le rodean. No es del caso, ni aun cuando lo fuera podria yo en estos momentos hacerlo, entrar en el exámen de las cuestiones que se suscitan sobre la naturaleza de esas primeras y como fundamentales afirmaciones, en las que desde luego se percibe la existencia en nuestra mente de nociones ó ideas prévias, universales, sobre las que aquellas descansan. Cualesquiera que sean las opiniones que sobre este punto se sustenten, piénsese como se quiera acerca de los fundamentos en que la certeza estriba y respecto al modo con que la adquirimos, no por eso es menos verdadero, real y positivo, que lo que decimos es un hecho, pero un hecho tan íntima y profundamente grabado en la conciencia humana, tan adherido á nuestra naturaleza, que la mayoría de los hombres no escuchan sino con asombro el que haya habido filósofos, hombres amantes del saber y al estudio y á la ciencia dedicados que, en el afan de llegar á un conocimiento claro y profundo de las cosas, hayan extremado sus esfuerzos hasta el punto de dudar de la certeza y seguridad de tan espontáneas cuanto primordiales nociones. Si á este extremo infecundo y vacío nos hubiera de conducir la filosofía, madre de todas las ciencias y ciencia de los primeros principios, si por consecuencia de todas las investigaciones científicas y como recompensa de los esfuerzos de la inteligencia, no hubieramos de obtener otro resultado que la eterna.

duda, la duda de todo, la duda de la existencia de lo que nos rodea, la duda de nuestra propia existencia y actividad, desde los primeros pasos la inacción en que habría de quedar sumida nuestra inteligencia, haría imposible todo conocimiento, y esto supuesto, es claro que lo mejor sería que este, como los demás Templos del saber, se cerrasen, y que la humanidad, entregada á sus propios y naturales instintos, ántes que pensar en adquirir y perfeccionar sus conocimientos ó las ideas y conceptos espontáneos que de sí y de las cosas tiene, se concretase á vivir y á desenvolverse dentro del reducido límite de los mismos sin curarse para nada de su naturaleza, relaciones, causas y efectos, ni intentar comprobarlos y extenderlos por medio de la observación y de la poderosa palanca del raciocinio. Pero por fortuna y para bien de la humanidad, puede sin ningún género de duda asegurarse, que es imposible, dada la naturaleza del espíritu humano, que á tan humilde papel y estrechísima esfera reduzca su poderosa actividad; diremos más; si tal fuera posible, por posible habría que tener también la muerte del espíritu. El afán de saber, la necesidad de conocer, la apremiante necesidad que dentro de nosotros sentimos de llegar á poseer una noticia, un conocimiento cierto y seguro de las cosas, hechos y fenómenos que nos rodean, de los afanes que nos devoran, de las pasiones que nos agitan, de las funciones propias de nuestro ser; el deseo de conocernos á nosotros mismos y de conocer todo cuanto física é intelectualmente percibimos, la curiosidad, en fin, constantemente suscitada por los sentimientos internos y por las sensaciones consiguientes á la percepción de los hechos y seres externos, que aunque singularmente percibidos por los sentidos, son á su vez, mediante la elevación de la razón, remitidos á una causa que los produce, promueve el deseo de la investigación de la naturaleza de los mismos, de esa causa que sin conocer cuál sea, genéricamente se afirma, y de los efectos que de esos mismos hechos se esperan. La energía de nuestra voluntad, mueve la inteligencia en el laborioso campo del raciocinio hasta llegar al conocimiento del hecho aislado que toma por objeto de su obra; la consecución de este no satisface, ni satisfacer puede, la as-

piracion de nuestra inteligencia, ni es bastante á llenar la receptividad indefinida de la misma, antes por el contrario la posesion de él suscita en nosotros el sentimiento de la necesidad de adquirir otros; una conquista realizada los mueve y estimula para llevar á cabo otra mas importante, y así sintiendo, queriendo, conociendo y obrando, para sentir, querer, conocer y obrar despues en mas alta y elevada esfera, incesantemente estimuladas cuanto mas enriquecidas nuestras facultades intelectuales físicas y morales, no las damos paz ni descanso y con una constancia no interrumpida las vemos en la humanidad sostenidas por una actividad continúa que vá aumentando de dia en dia, y de dia en dia esparciéndose mas y mas; y á la vez que es mayor el número de los séres humanos á quienes el resultado de las mejoras obtenidas alcanza, es mas creciente y poderoso su benéfico influjo.

Siempre el espíritu humano ha experimentado este afan de saber, de conocer las cosas, de conocerse, á sí propio, de conocer el mundo que le rodea, de conocer en fin la primera de las causas de todo lo existente, la existencia suma, la verdad absoluta, el sumo bien; siempre ha experimentado dentro de sí la necesidad de elevar su sensibilidad hasta la belleza suma, y ha querido siempre realizar lo que como objeto de su voluntad ha conceptualizado ser el sumo bien; y por eso sintiéndose el hombre interiormente llamado á tan elevados fines, sobreponiéndose á las infecundas cuanto ridículas y absurdas negaciones de los escépticos, con mas ó menos inseguros pasos, errando unas veces y acertando otras, pero siempre con decision y empeño, ha caminado animoso á la conquista y realizacion de todos ellos, consiguiendo, ya que no posesionarse de los mismos en su plenitud, lo cual no llegará á alcanzar en esta vida, enriquecerse y mejorarse, extendiendo y mejorando tambien la esfera dentro de la que funciona y los medios de que su actividad dispone. El espíritu humano, yo así lo creo, ha permanecido siempre uno, idéntico, igual en sus facultades, condiciones esenciales en todos y en cada uno de los hombres y en todas las épocas de la historia, ó para hablar en otros términos mas categóricos, el alma

humana, racionalmente considerada, dejando á salvo los dogmas del pecado original y de la redencion, en los que como católico creo firmemente, el alma humana, digo, potencialmente, es hoy idéntica, y la misma que lo fué en los hombres de todos los siglos que pasaron y será lo mismo en los futuros é innumerables siglos venideros; pero aunque esto sea así, no es dable negar que esa potencia individual en el siglo en que vivimos se nos ofrece mas patente y manifiesta, mas desembarazada que nunca lo estuviera; se muestra mas activa y general, y á la vez que con el transcurso del tiempo y las investigaciones históricas aumenta los datos para las enseñanzas, y, digámoslo así, el campo de la experimentacion para el ordenado desenvolvimiento de las ciencias político-sociales, con los potentes telescopios que construye y los no menos poderosos microscópios que crea, amplifica, hasta tocar en los límites de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el espacio á que alcanza su observacion de lo externo.

Ante este hecho manifiesto, evidentemente notorio é incuestionable, ante esa ostentacion viva de las conquistas obtenidas y del desarrollo del espíritu humano ¿no se le ocurre á cualquiera preguntar, cómo, de qué manera y sobre todo y ante todo por qué causas, en virtud de qué actividad y merced á qué energía se ha llegado á tan prodigiosos cuanto magníficos y casi sobrenaturales resultados? ¿Es por virtud de una fuerza cósmica? ¿Es una nueva, ó sino nueva, antigua pero constante fuerza física, ciega y material, pero aunque material poderosa la que así obra y que á tan asombrosos resultados nos conduce? ¿Somos nosotros los que vamos á ellos y los hacemos nuestros, ó es un agente extraño é independiente el que como miserables é inconscientes instrumentos de su energía, hácia ellos nos arrastra y precipita, obligándonos á ser autómatas mecánicos de representaciones y efectos cada dia mejores y mas maravillosos? En una palabra, ¿es el espíritu humano el que conociendo y conociéndose, aspira á dominar lo que conoce, y ordenar y regir con tendencia á un fin por sí préviamente conocido la actividad toda y energía que dentro de sí percibe y siente inmediata y conjuntamente

que afirma su existencia? ¿Lo hace de una manera ciega é inconsciente, como los astros giran mecánica y ordenadamente regulados por la ley de la atracción universal, sin proponerse fin alguno al verificarlo? ¿Aspira, ó mejor dicho, muévase el espíritu humano en dirección á la ciencia, á la virtud y á las mejoras individuales y sociales de una manera necesaria y con movimientos tales que camine sujeta á un compás fatal y predeterminado su pasmosa, incorporea é incommensurable virtualidad? ¿No sabe adónde vá, ni se dá cuenta de para qué ejercita, digo mal, se mueve y funciona su actividad? Y ora funcione el hombre individual, ora colectivamente, ¿recibe de fuera el impulso, ó le suscita y determina él espontánea y libremente? ¿Arduas cuestiones! ¿Problemas profundísimos! Arduas y complejas son en efecto las investigaciones que dentro de sí encierran las preguntas que acabo de formular. Si intentara contestarlas de una manera categórica y completa, sobre pecar de pretencioso, traspasaría intentándolo los límites naturales de este discurso. Nó: no puedo yo abarcar tan alta empresa: nó: no debo hacerlo porque ya os he dicho que mi propósito hoy, aunque digno, importante y fundamental por su objeto, es mas limitado y reducido. Lo que me propongo investigar no es el complejo conjunto de las causas que hayan podido contribuir al progreso y desarrollo del género humano y de su actividad en las diversas esferas á que alcanzan sus facultades físicas, intelectuales y morales. Lo que me propongo es tan solo examinar, inquirir, qué parte, qué intervencion tiene, qué especie de potencia desarrolla permanentemente el hombre cuando á la ciencia, ó cuando á cualquier otro objeto y fin dirige su actividad; mi propósito es saber si él hace algo cuando hace, si él por sí y de sí saca ó nó una energía propia que á su antojo obra, si él es ó nó causa y principio de su movimiento y acción, si en él existe esa virtualidad, si él la conoce, si él la dirige y ordena.

Concretado de este modo y á estos términos reducido el objeto de la actual disertación, sin mas que dirigir nuestra mirada hácia la propia conciencia, encontramos dentro de nuestro mismo ser, como cosa nuestra, exclusivamente nuestra, que nos pertenece y

que nosotros solo, solo nosotros determinamos y ponemos en accion, una facultad, una potencia cuya actuacion y funcion propia consiste en querer. El comun sentido de los hombres, el asenso del mas rústico de ellos y del mas sábio de los sábios, están conformes en reconocer que cuando el hombre en lo mas íntimo de su conciencia dice, «quiero,» él es, su propia personalidad es la que quiere. Contra esta íntima conviccion, contra la evidencia con que todos y cada uno de nosotros sentimos, percibimos y vemos este clarísimo hecho de conciencia, no hay ni puede haber razonamiento lógico ni experimento alguno que sea bastante á oscurecerle. Pero si esto es verdad, y por serlo, la humanidad entera, ó la mayoría de ella ha seguido y sigue creyendo y asegurando firmemente que su querer es suyo, que su voluntad le pertenece, y por creerlo así, los hombres todos, en sus relaciones con los otros hombres, se imputan é imputan á los demás la responsabilidad de sus actos, no lo es menos tambien, que por desgracia y para desconcierto de la humana familia ha habido y hay hoy, quienes con aparato, más que científico, mecánico y artificioso, se empeñan en sostener que no es cierto, sino ilusorio, el hecho de conciencia arriba sentado; que nuestra ingénita vanidad humana nos alucina cuando aseguramos que nuestra voluntad es nuestra, ó que depende de nosotros y de nosotros solos procede espontánea y libremente el querer de la misma; que la voluntad del hombre, en vez de ser causa, es efecto; que no es una energía individual y absoluta del espíritu humano, nacida de él y por él suscitada; que lo real y positivo es, que la voluntad que nosotros decimos nuestra, no nos pertenece, porque segun ellos no es ni mas ni menos que una manifestacion fatal y necesaria, y á lo sumo consciente, de la fuerza universal y única que agita *el cosmos* y produce esa série de evoluciones que se manifiestan como particulares en cada uno de los séres y fenómenos de la vida del Universo-mundo. Para esas, no sé si decir escuelas ó doctrinas, segun cuyos sistemas cósmicos, inductiva ó deductivamente contruidos, no existen mas que dos realidades á saber, la *fuerza inmanente* y la *materia*: la fuerza que actuando sobre la materia produce el movimiento de aquella y

:

va causando evoluciones sucesivas en la totalidad del ser, el ser humano no es mas que una metamórfosis, una de esas evoluciones parciales, y su querer, que nosotros vemos y sentimos como personal, é individuo, como espontáneo de él, espiritual y por ser espiritual como inmaterial consciente, simplicísimo y absoluto, la voluntad del hombre en fin, para los que esos sistemas ó doctrinas positivistas profesan, no es, segun hemos dicho, mas que una parte, una actuacion de esa fuerza inmanente. Y para patentizar mas y mas esta conclusion, y al efecto de determinar y precisar, digámoslo así, tal concepto, y al intento sin duda de demostrar la materialidad de esa parte de fuerza, no obstante servirse de la palabra espíritu, fisiólogos, biólogos y anatómicos de esta secta, continuando y cooperando á las tendencias del materialismo, intentan hallar en el cuerpo humano el órgano, conducto ó vaso de la corriente nerviosa constitutiva, ó mejor dicho, productora del pensamiento y de la voluntad. ¡Empresa ridícula! ¡Absurda, absurdísima investigacion! ¡Pesquisa ineficaz y desde luego dirigida é intentada con medios impotentes y recursos escasos! No hay lente alguna ni construirse puede un microscópio, (el sentido comun lo dice) que, por potente, fuerte y multiplicador que se le conciba, baste á percibir con los sentidos lo inmaterial: no se puede ver con los ojos de la carne el espíritu; este y sus funciones no pueden ser percibidos y contemplados mas que por sí mismo; solo el espíritu vé el espíritu: el espíritu solo puede conocer y examinar, analizar y comprobar la actuacion, la virtualidad, esencia y modalidad de sus potencias; él solo puede apreciarlas, penetrarlas y comprenderlas. La conciencia pues, directa y refleja, que es como el rayo luminoso que lleva y pone á la vez en la inteligencia la luz para ver y la necesaria para destacar la voluntad, ese rayo que ilumina el objeto que se vé y conjuntamente alumbra al sugeto que percibe, ese rayo luminoso, solo ese y nada mas que él, es el único medio é instrumento apropiado para ver qué es, y cómo es la voluntad humana.

Dejemos pues á un lado y prescindamos de tales sistemas, dejémoslos sí, Ilmo. Sr., puesto que vemos que marchando por camino

errado en sus investigaciones respecto á la inquisicion de la esencia y naturaleza de la voluntad, cuya existencia no les es dable negar, á ningun conocimiento de ella cierto y fundado pueden conducirnos. Los experimentos y observaciones parciales, solo parciales conocimientos pueden producir: la induccion, la generalizacion y menos aun la universalidad propia del conocimiento verdaderamente científico solo puede surgir de la fuerza, ciencia y potencia generalizadora, espontánea, simple y universal que en la razon existe. Prescindamos sí, de esos sistemas que preciándose de *positivos* y partiendo de la base exclusiva de la experimentacion, si la induccion desechan, no sabemos cómo se atreven ó tienen la pretension de reducir á la unidad el Universo-mundo, y lo que es mas contradictorio, los sistemas metafísicos. Prescindamos de ellos que á fuer de *positivistas* anulan por sujetarse á un método é hipótesis, que arbitrariamente establecen, anulan, digo, mutilan, y aniquilan la voluntad, que es lo que como mas positivo, real y potente nos presenta en nuestro sér la conciencia, el sentido interno. Dejémoslos sí, y no los sigamos en su equivocada marcha, en la que á los primeros pasos que se den se ven caer borradas de las lenguas de todos los paises las palabras todas que á expresar sirven alguna idea moral. Dejémosles y no les sigamos, á menos que empecemos por suprimir de nuestras mentes y de nuestros diccionarios en todos los tiempos la primera persona de todos los verbos afectivos de movimiento y de accion. Dejémoslos sí, á menos que ansiosos y necesitados, por un torpe egoismo, de ahogar los gritos de nuestras perturbadas conciencias, al contemplar todo lo que en nuestra vida hemos querido y hecho, pretendamos, hipócritas ó rebeldes, cohonestar lo malo con la fatalidad ó necesidad de esa fuerza que nos arrastra, ó sobradamente humildes hasta rayar en la bajeza, abrasados por el fuego de la devoradora envidia, intentemos despojar de la aureola de la gloria y no menos gloriosa palma del martirio á los ilustres varones que merced al ejercicio libérrimo y constante de su enérgica y bien ordenada voluntad, animosos y puestas sus miras en los mas altos fines de la santidad, la ciencia y la virtud, se distinguieron para honra y

gloria de Dios, bien de los bienes, y por Él en provecho de la humanidad con valor indómito y no quebrantada entereza, voluntariamente vivieron y murieron. Dejemos sí, todos esos sistemas y doctrinas materialistas, panteistas ó no panteistas, que rebajando nuestra dignidad hasta el nivel de los brutos, nos conducen por una parte á la negacion de las mas altas ideas y elevados conceptos, y por otra, como consecuencia lógica, pero indeclinable é ineludible, forzosamente nos condenan al fatalismo cuyos inmediatos efectos en el orden moral y social tienen que ser la fria indiferencia, ó el imperio despótico y depresivo del mas fuerte.

A no menores peligros, aun cuando no tan groseros, nos exponen las enseñanzas y doctrinas respecto á la voluntad humana de las escuelas espiritualistas-panteistas, dentro de las cuales, aun cuando en un rigor científico no pueda hacerse, comprendo, para no dar mas extension á este trabajo, las doctrinas y enseñanzas que se designan genéricamente con el nombre de *determinismo racional*. Si los autores que estas doctrinas profesan, entre los cuales hay que comprender á Kant, Ahrens y Tiberghien reconocen y afirman que la causa próxima é inmediata de la volicion, la productora del querer de la voluntad humana, es interna, es la misma voluntad, sientan sin embargo y añaden que esta se determina y resuelve por ideas ó conceptos superiores ó por impulsos é inclinaciones que espontáneamente actúan sobre ella. Por esfuerzos que se hagan para separar, ó mejor dicho librar á estas doctrinas de la calificacion de panteistas, y, como es consiguiente, de ser sustentadoras de un fatalismo mas ó menos manifiesto, no es en mi pobre concepto posible conseguirlo, á no ser que los que las profesan reconozcan y confiesen que la influencia de esas ideas ó conceptos por los que la voluntad se determina, no es tal que sea bastante á sojuzgar y someter de una manera necesaria la volicion de la misma voluntad. Si esto no se reconoce, si de este modo no se explican las doctrinas de los referidos autores, si la determinacion de la voluntad es, segun ellos, parto en último análisis y producto siquiera remoto de ideas ó conceptos superiores, es claro, á no dudar, que si esta determinacion

no es libre, sino necesaria, la voluntad, el libre alvedrío del hombre deja de ser causa primera y se convierte en efecto: la apetencia entónces, el querer de la voluntad humana no es un querer suyo propio, sino un querer extraño, producto de una actividad que se le impone; no es ella la que hace, pone y crea la volición, sino que es la idea ó concepto ó razon superior quien la crea y engendra y quien por medio de ella la manifiesta.

Estoy conforme con Ahrens cuando dice, que la voluntad y la libertad no son una misma cosa, no son idénticas; y estoy conforme con él en esto, en cuanto que entiendo que la voluntad es una potencia, una actividad de nuestro espíritu, y la libertad es la forma adecuada del ejercicio del libre alvedrío humano de las voliciones de la voluntad del hombre. Mas no me es posible conformarme con dicho autor cuando asegura que «la fuerza de la razon es bastante grande para cambiar completamente los «motivos de las acciones humanas.» Yo entiendo que la razon ilumina, aconseja, propone motivos y fines á la voluntad, mas creo firmemente que la voluntad sola es la que apetece, quiere y resuelve por sí libremente con indiferencia absoluta. Entiendo que cuando la voluntad se determina y decide por los dictámenes de la recta razon, y haciéndolo así, quiere lo que la razon le aconseja, entónces ejercita ordenada y honestamente su actividad de apetencia y obra el bien; mas aunque así lo crea, sienta y perciba, aunque me halle muy conforme en reconocer como real y positivo, que solo cuando así obra la voluntad, solo cuando de este modo quiere, entónces solo y solo entónces usa bien de su libre alvedrío y ejercita su natural y verdadera libertad, no puedo menos de sostener á la vez que esto digo, que la determinacion y resolucion así adoptada procede exclusivamente de la voluntad. Al querer de este ó de otro cualquier modo la voluntad, al determinarse de esta manera ó de otra cualquiera, ella sola es quien se determina, decide y resuelve, sin que la razon la precise, ni fatal ni necesariamente la arrastre á seguirla á ella, á obrar conforme á su dictámen. Decir otra cosa y sostenerla es decir y sostener una doctrina que haria

consistir la maldad de un deseo ó de una accion en un error ó en una falta de instruccion, cuando la verdad es que el mal moral no tiene su fundamento y raiz en una falta de inteligencia, sino en una resolucion inadecuada ó desordenada de la voluntad.

Hay mas: la doctrina de Ahrens de que venimos hablando, el afirmar que la razon llega á tener la fuerza de cambiar la direccion de la voluntad, está en contradiccion manifiesta y patente con lo que realmente sucede. La experiencia nos dice, y todos los dias vemos, que hombres eminentísimos en el saber, personas de mucha ciencia se apartan en su conducta de los dictámenes de su recta razon. No basta, no, que la razon nos muestre el bien con todas sus bellezas; no basta que nos le proponga y aconseje como el adecuado desenvolvimiento de nuestra actividad voluntaria; no es suficiente esto por sí solo para que nuestra indómita voluntad se determine en favor del bien, y á su ejecucion se decida. ¡Cuántas veces en la vida aun comprendiendo y conociendo el bien particular que en un caso dado debemos obrar, no le obramos, y lo que es peor, nos decidimos á sabiendas por el mal! Al decir esto no es mi intento sostener que la voluntad no deba someterse á los dictámenes de la recta razon, no es mi propósito proclamar que por ser la voluntad libre, absolutamente libre, ó no determinada por otra causa, pueda lícitamente resolverse y determinarse por sí contra lo que la razon la aconseja: lo que yo digo, lo único que quiero decir al expresarme en estos términos, es que de hecho y en la realidad de las cosas la voluntad no está determinada de un modo necesario por la razon, que la determinacion de la voluntad es exclusivamente propia de la voluntad misma, que ella por sí sola y por sí misma se determina, tanto cuando sigue los dictámenes de la razon, como cuando de ellos se aparta. La situacion de la voluntad antes de resolverse y de determinarse en uno ó en otro sentido, es un verdadero estado de indiferencia del que solo sale de hecho porque quiere, en cuanto quiere, y como quiere y en la direccion en que ella por sí sola quiere.

Esta es la voluntad real y efectiva que nosotros como potencia

del alma dentro de nosotros sentimos: esta es la voluntad que la experiencia y el comun sentir, revelado en el lenguaje de los hombres nos enseña: en esto consiste y hasta esto alcanza de hecho el libre albedrío que dentro de nosotros percibimos.

¿Contradice este libre albedrío, los atributos de Dios? Porque así sea el libre albedrío, ¿podrá el hombre, ó mejor dicho, deberá ejercitarle y servirse de él como se le antoje? Ejercitándole así, ora obre el bien, ora el mal, ¿se podrá decir que ejercita su libertad? ¿Consistirá la libertad humana en el caprichoso y antojadizo desarrollo del querer del hombre? ¿Será conforme á la naturaleza del libre albedrío el determinarse como quiera? Cuestiones son estas, Ilmo. Sr., cuya detenida dilucidacion no cabe dentro de los límites de un discurso inaugural; pero por la importancia y trascendencia que tienen, ya que de todas ellas minuciosamente no podamos ocuparnos, procuraremos con la mayor concision posible dejar sentados aquí los principios mas importantes que sirven, en nuestro concepto, para la resolucion de las mismas, é intentando á la vez que esto hacemos, demostrar que la verdadera libertad humana no es el ejercicio absoluto é ilimitado de ese libre albedrío, ó de esa indómita aunque domesticable voluntad; que la libertad, la verdadera libertad humana, la que todo hombre tiene el deber y el derecho de ejercitar, viene á ser una facultad resultante de la voluntad y la razon; la voluntad, voluntariamente sometida á la razon; la voluntad actuando su querer y por querer ella conforme á la razon; la voluntad en fin queriendo y determinándose, y sujetándose y sometiéndose por si misma á lo que su originaria y final naturaleza, segun los dictámenes de la razon, la exige y pide de ella.

Es manifiesto desde luego, y para todos sabido, que no contradice ni amengua, la Omnipotencia divina, la existencia del libre albedrío humano, porque es bien claro que si es como és, és porque Dios así le hizo y de la potencia que tiene le dotó. Él le creó, Él le tolera y le consiente, é indudable así bien que el libre albedrío, continuará existiendo y siendo en el tiempo y en el espacio, interin

y tan solo mientras la Omnipotencia divina lo consienta. El querer humano por otra parte no tiene el carácter de absoluto mas que como querer, como determinacion de la voluntad, como acto interno. Si ese querer trata de convertirse en hecho externo, si el hombre se propone realizarle, entónces su influencia no alcanza ni trasciende mas que á la limitada esfera del poder humano. ¿Y un querer que á tan reducidos límites se estiende, que solo en tan estrecha esfera puede obrar, que si obra por sí es porque se le consiente y tolera, ¿merecerá que se le considere como una contradiccion del poder infinito que le creó? ¿Habrà de conceptuarse un querer contingente en su poder como una limitacion del ilimitado poder de aquel cuyo querer infinito es la sola medida de la extension de su poder, del poder de aquel que quiere y lo que quiere es?

Tampoco la existencia del libre albedrío contradice ni repugna á la infinita justicia de Dios, ni mucho menos á su sabiduría ilimitada, antes bien ensalza, y humanamente hablando, enaltece estos dos atributos de la divinidad, puesto que la razon nos dice que solo es posible el mérito y el demérito en los seres dotados de libertad ó de aptitud de determinarse á si mismos y de ser causa única y exclusiva de sus acciones.

La existencia del libre albedrío y la de la presciencia de Dios, no son entre sí contradictorias, como se ha querido suponer. Independientemente de que se percibe desde luego que entre la presciencia de un hecho y la realizacion de él, no hay vínculo alguno de enlace y dependencia que merecer pueda el carácter de necesario y que por lo tanto no hay razon fundada para negar el albedrío por afirmar la presciencia; independientemente de que en consecuencia de esto, la razon alcanza á comprender que los actos humanos se realizan y producen, no porque Dios lo sepa, sino porque los hombres los realizan libremente; y Dios los prevee y los sabe porque han de ser realizados, independientemente de esto, decimos que á nuestro modo de entender y en nuestro pobre concepto, la verdadera contradiccion y hasta si se quiere absurdo, se percibe y ostenta en suponer la contradiccion que se supone entre el libre

albedrío y la presciencia divina. Fundamos este aserto, en que siendo los actos libres, como libres les tiene Dios que preveer, á menos que se suponga que Dios puede errar ó tener de las cosas un conocimiento incompleto. Ahora bien, no siendo esto posible y preveyéndoles como son, esto es, como libres, es claro que con libertad tienen que realizarse para que no acontezca que la presciencia divina y á la vez su poder y querer infinitos vengan á resultar desmentidos y defraudados. El libre albedrío humano, pues, en nuestro concepto mas bien que contradecirse y negarse por los atributos de Dios, se puede hasta comprobar y demostrar por ellos racionalmente. Solo un poder infinito ha podido hacer y crear una potencia libre y consciente; solo una infinita bondad ha podido querer producir una causa, una virtualidad tal que, por sí determinándose, llegue á originar y dar nacimiento y realidad al bien moral, y que en medio de la rudeza de la materia y luchando con las groseras y egoistas tendencias de la carne, se eleve y eleve y ensalce cuanto le rodea hasta el heroico desprendimiento de su propio sér por el purísimo amor de Dios, dentro del que todos los bienes se encierran y por el que todos ellos se ordenan; solo la justicia infinita y la ilimitada presciencia de Dios convidadas entre si y con su bondad, han podido combinar una obra tal y tan grandiosa como lo es el libre albedrío humano que, encerrado en un cuerpo material y por todas partes combatido y estrechado, es capaz de alzarse y sobreponerse, libremente obrando, hasta el merecimiento infinito, como sucede cuando, realizando su natural finalidad, aspira á unirse y asemejarse al sumo Bien, al Bien infinito, á Dios infinitamente sábio, bueno justo y poderoso.

No; no hay contradiccion entre Dios y el libre albedrío: no la hay entre Dios y la libertad. Dios es infinitamente sábio, bueno, justo y poderoso, é hizo al hombre libre, para que libremente obrando, conscientemente determinándose y libremente actuando la personalidad toda y el ser de que le dotó, se hiciese á sí mismo por su union voluntaria con Dios, y perfeccionándose en el tiempo, cada vez mas sábio, bueno, justo y poderoso y Señor y

:

dominador de la tierra en que transitoriamente habita, mereciendo así la vida eterna que es su último y supremo fin.

Si estos, Ilmo. Sr., son el origen y la finalidad del libre albedrío ¿podrá decirse que el ejercicio adecuado de él, la libertad, consista en el caprichoso y antojadizo determinismo ó resolución de la voluntad humana, en el vertiginoso y desordenado movimiento del libre albedrío? ¿Esa potencia sublime, potentísima, que á sí propia y á las demás del hombre pone en acción, habrá de agitarse en continuo desconcierto y ser una causa constantemente perturbadora? Nó, Ilmo. Sr., la libertad humana no es esto, ni debe ser esto según su originaria naturaleza. Siquiera de hecho suceda que tan deplorables efectos produzca la consciente determinación de la voluntad en el sentido del mal, siquiera acontezca que cuando el hombre resolviéndose por sí, en este sentido cause con el mal un verdadero desorden, la razón dice que cuando así obra, no obstante ser voluntaria su acción, no es la libertad propia del hombre la que al realizar el mal ejercita. Con profundísima y concisa frase el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás, hace ya mucho tiempo que esto mismo dijo: *Velle malum. nec est libertas, nec pars libertatis, quamvis sit quoddam, libertatis signum.*

El sentido íntimo por otra parte á la vez que nos revela la facultad que de querer tenemos, á la vez que nos dá un testimonio evidente de la potencia ó virtualidad que á nosotros nos pertenece de determinarnos, nos advierte que en nuestra razón existen, que en el fondo de nuestra conciencia se hallan las ideas del bien y los principios fundamentales de la Ley Natural, como la norma adecuada que debemos seguir en nuestras determinaciones.

La conciencia refleja, con los remordimientos consiguientes al mal obrar, con la inflexible censura de nuestras malas acciones, con esa censura y reprobación que es como la queja exhalada por la razón contra los extravíos de la voluntad, con esa censura que encontrando siempre eco en nuestro sentido íntimo, es como un torcedor constante é implacable, como una voz que contra nosotros clama, ora lamentándose, ora amenazándonos, que turba nuestros

sueños y nos hace imposible el contento, es á no dudarlo una prueba evidente de que si somos libres, nuestra libertad, la libertad humana no es una caprichosa y desconcertada actuacion de nuestra voluntad sino la facultad que el hombre tiene de determinarse á sí propio ó sea su voluntad racionalmente y de ordenar asi bien sus actos de una manera racional y adecuada á su naturaleza y finalidad.

La libertad asi entendida y su ejercicio, es sin duda la causa mas poderosa del adelanto y progreso de la humanidad. De ella proviene evidentemente esa variada y múltiple energía que, agitando constantemente ó mejor dicho moviendo la actividad individual y colectiva de la especie humana, hace que esta, considerada en su totalidad, marche siempre hácia adelante extendiendo su esfera de accion, mejorando los medios de que dispone y mejorándose ella misma asi bien en su vida intelectual, moral y social, cumpliendo en esto el precepto del Eterno padre que nos manda ser perfectos.

Conseguir objeto tan levantado es desde luego empresa difícil, mas no imposible: encontrará sin duda su realizacion grandes obstáculos, tropezará con graves inconvenientes pero no se podrá llegar á él sino por medio de la práctica de la verdadera libertad humana. Exige esta, denodado esfuerzo, rectas intenciones y elevadas miras; es indispensable que á la vez que el hombre se penetre de que él solo es causa de sus actos, se persuada tambien de la existencia del orden moral que dentro de su conciencia existe; es indispensable, absolutamente indispensable, que se convenza de que segun ese orden moral que dentro de si percibe, su actividad toda que él determina y dirige, no esta ordenada ni le ha sido concedida para la satisfaccion de sus egoistas pasiones sinó para contribuir libre y voluntariamente á la realizacion del plan eterno de Dios que es reinar amorosamente en la conciencia del hombre y en toda su vida individual y social.

¿Nos será á nosotros dado, Ilmo. Sr., realizar tan elevada empresa? No debemos desconfiar de conseguirlo.

Si así no fuese, tú, estudiosa juventud, tú, queridísima y muy amada juventud, tú en quien nuestras ya débiles fuerzas gastadas por el tiempo, fatigadas por el trabajo y por el desaliento contenidas, encuentran todos los años reparación y nueva vida, tú, en quien la esperanza de un lisonjero porvenir reside esplendorosa y vivificante, tú que conservas un corazón puro y no amargado aún por los desengaños é ingratitudes; tu podrás llegar á realizarlo. Hazlo así y labrarás tu ventura, honrarás á tus padres, enaltecerás á tu patria, contribuirás al progreso de la humanidad y glorificarás á Dios apresurando la venida deseada de la plenitud de los tiempos.

—HE DICHO.

